

MEDITACIÓN LXX

LUNES DE PENTECOSTÉS.—*El Espíritu Santo, santificador del clero; y por él, de la Iglesia universal*

I. De qué manera santifica á los Apóstoles y á los hombres apostólicos.

II. De qué manera santifica á la Iglesia por medio de los Apóstoles y de los hombres apostólicos.

PUNTO I

Operaciones del Espíritu Santo en la santificación de los Apóstoles y de los hombres apostólicos

Al considerar lo que hizo el Espíritu Santo por los Apóstoles el día de Pentecostés, no hay que detenerse demasiado en esa abundancia de gracias prodigiosas que los transformó súbitamente en vasos de elección; hizo de ellos, de repente, hombres perfectos para el misterio evangélico: este es el lado milagroso del misterio. Pero, es más útil considerar su lado práctico, preguntándonos cuál fué de parte de los Apóstoles el principio de un cambio tan maravilloso. Este principio no fué sino su fidelidad á la gracia.

En efecto; por muy rápida que fuese la transformación de esos hombres, destinados á transformar al mundo, tuvo sin embargo su comienzo, su crecimiento y sus progresos. Se ve que el divino Espíritu prepara sus corazones mediante gracias comunes, que, utilizadas provechosamente, les alcanzan de El otras más abundantes, y son coronados con favores extraordinarios si continúan ellos en su fidelidad.

Sedete in civitate: ahí tenemos, por decirlo así, la primera centella de ese violento incendio sagrado: la gracia del recogimiento y de la fuga de las oca-

siones: es una gracia común. Ellos la hicieron valer en toda su extensión: Jesús les había prescrito que permaneciesen en Jerusalén; ellos casi no salen del Cenáculo y del templo. *Et erant semper in templo*. ¿Podían mostrar docilidad más perfecta? Su recompensa es una gracia ya más poderosa, la gracia de la oración; pero todavía no es gracia extraordinaria; porque la gracia de la oración no se rehusa á nadie. *Erant perseverantes in oratione*. Su obediencia al espíritu de oración hace descender sobre ellos el espíritu de fervor y de celo, figurado por las lenguas de fuego que descansan sobre sus cabezas..... gracia prodigiosa, fruto de su correspondencia á las gracias precedentes. Entonces, llenos del Espíritu Santo, ellos ya no pueden contener el ardor que los devora; hablan, publican altamente las grandezas de Dios, la misión, la muerte, la Resurrección del Salvador, *loquentes magnalia Dei*..... A las santas palabras juntan las santas acciones. Fundan la Iglesia con increíbles trabajos; y su fidelidad á esas gracias siempre crecientes les obtiene la mayor de todas: la gracia de sufrir y morir por Jesucristo.

Así, porque han obedecido á la inspiración divina, permaneciendo diez días solitarios en medio del mundo, ellos han llegado á ser hombres de oración; porque han manejado bien el arma tan eficaz de la oración, han sido convertidos en predicadores celosos, poderosos en obras y en palabras; su abnegación en hacer conocer y amar á Jesucristo, les ha merecido la dicha de ser inmolados por El; y porque han sido sobre la tierra los primeros mártires de la Iglesia militante, son en el Cielo los jefes gloriosos de la Iglesia triunfante. Hé aquí cómo se forman los santos en general; y cómo en particular se han formado los santos Sacerdotes que siguieron á los Apóstoles. Recordemos la vida de San Francisco de Sales, de San Francisco Javier, de San Alfonso de Liguorio, etc.

Tal es el camino ordinario del Espíritu Santo en la santificación de los hombres apostólicos; El regula los aumentos de la gracia que les da, según el uso

que hacen de ella. En un principio no es más que un rocío que cae gota á gota (1); mas cuando se recibe con agradecimiento y se conserva con cuidado, entonces se cambia en lluvia abundante que produce fruto de sólidas virtudes y eminente perfección (2). No es en el principio más que un soplo ligero que busca cómo insinuarse hasta el fondo del corazón (3); pero, si ese corazón le abre la entrada, pronto se cambia en viento impetuoso que llena toda su capacidad (4). ¡Oh! ¡Cuán claramente veo la triste causa de la esterilidad de la gracia en mí! ¡Tantas veces he celebrado ya la fiesta de Pentecostés, y estoy tan poco adelantado en las vías del Espíritu Santo! ¡Ah si yo hubiese aprovechado sus primeros dones, seguido sus primeros movimientos y secundado desde luego sus inspiraciones, no estaría ahora tan retrasado en el camino de la virtud!

PUNTO II

Operaciones del Espíritu Santo en la santificación de la Iglesia por los apóstoles y hombres apostólicos

Había sido predicho que el Espíritu enviado por Dios formaría una segunda creación y renovaría la faz del mundo (5); que la tierra (que estaba árida toda) sería regada con el agua de la gracia (6). Esas profecías comenzaron á cumplirse, y de una manera sorprendente, el día de Pentecostés. Son conocidas las maravillas de santificación que obró el Espíritu Santo mediante el trabajo de los Apóstoles. Las pa-

(1) *Descendet sicut pluvia et stillicidia stillantia super terram.* (Ps. LXXI, 6).

(2) *Pluviam voluntariam segregabis, Deus, hæreditati tuæ.* (Ps. LXVII, 10).

(3) *Spiritus ubi vult spirat* (Joan., III, 8).

(4) *Replevit totam domum.* (Act., II, 2).

(5) *Emitte, Spiritum tuum, et creabuntur, et renovabis faciem terræ.* (Ps. CIII, 30.)

(6) *Quæ erat arida erit in stagnum, et sitiens in fontes aquarum.* (Is., XXXV, 7.)

labras de fuego que salen de sus bocas, iluminan, inflaman y cambian de repente á un gran número de aquellos judíos ciegos y endurecidos....; y tan pronto como esos hombres han abrazado la fe, ya no se les conoce: la transformación es completa. El egoísmo, la pasión por las riquezas, todos los vicios han desaparecido y son sustituidos por virtudes desconocidas hasta entonces: *Multitudinis credentium erat cor unum et anima una: nec quisquam eorum quæ possidebat aliquid suum esse dicebat* (1). Desde Jerusalén, donde se encontraban reunidos extranjeros de todas las naciones, la voz de los Apóstoles resonó en todo el universo: *In omnem terram exivit sonus eorum* (2). A partir de aquel día, dice San León, ríos de bendiciones se esparcieron sobre toda la tierra: *A die Pentecostes imbres charismatum, flumina benedictionum, omne desertum et universam aridam rigaverunt* (3).

Nada hay más digno de admiración en todas las épocas de la Iglesia, que esa acción continua del Espíritu Santo santificando á los fieles por el clero, á los rebaños por los pastores, y á veces á naciones enteras por medio de un solo Sacerdote abrasado de celo apostólico. ¿Qué no hizo el Espíritu Santo por medio de Santo Domingo, San Vicente Ferrer, San Francisco Javier, San Antonio de Padua, etc? Ahora somos nosotros los dispensadores de sus gracias, los instrumentos de que se sirve para hacer penetrar la verdad en los espíritus y la caridad en los corazones. Hemos recibido al Espíritu Santo en la ordenación, más bien que para nosotros, para los ministerios que nos están confiados. El da á las aguas del Bautismo la virtud de purificar las almas, á todas nuestras fórmulas sacramentales la potestad de obrar lo que ellas significan.... Nosotros le hacemos descender por la oración y lo comunicamos á los demás mediante la administración de los Sacramentos; El es quien perdona los pecados, instruye, reprende, con-

(1) Act., IV, 32

(2) Rom., X, 18.

(3) Serm. 1, de Pent.

suela, cada vez que llenamos alguna de nuestras funciones. ¿Cómo correspondéis vosotros al deseo que El tiene de santificar y de salvar á las almas por vuestro celo? ¿Predicáis en la plenitud de su luz: *Prout Spiritus Sanctus dabat eloqui illis?* ¿Es siempre El, y sólo El quién os inspira? Puesto que tenéis el honor de serle asociados por la comunicación de sus dones; ¡con qué caridad, con qué dulzura debéis cooperar á ese misericordioso trabajo! ¿Qué indigno contraste sucedería si el ministro de la *Soberana bondad* se mostrase duro cuando pretende obrar en nombre de ella! Si el órgano del Espíritu que es más dulce que la miel (1) hablase con amargura! ¿Lo invocáis con ardor al comenzar vuestras principales acciones, particularmente las del ministerio, bien convencidos de que sin El nada podéis? (2). ¿Renunciáis á vuestro propio espíritu para no obrar sino con el espíritu de Dios, como hacen sus verdaderos hijos? *Quicumque spiritu Dei aguntur, ii sunt filii Dei?* (3).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Operaciones del Espíritu Santo en la santificación de los Apóstoles y de los hombres apostólicos.*—El principio del maravilloso cambio obrado en los Apóstoles fué su fidelidad á la gracia. La primera que reciben es la gracia del recogimiento: *Permaneced en la ciudad*; ellos pasan todo el tiempo en el Cenáculo ó en el templo. En recompensa de su fidelidad reciben el don de oración, y su fidelidad á esta nueva gracia les alcanza el espíritu de fervor, de celo, de constancia... Tal es el camino ordinario del Espíritu Santo.

PUNTO SEGUNDO.—*Operaciones del Espíritu Santo en la santificación de la Iglesia por los Apóstoles y hombres apostólicos.*—Había sido predicho que una segunda creación sería hecha,

(1) *Spiritus meus super mel dulcis.* (Eccli., XXIV, 27.)

(2) *Sine tuo numine,
Nihil est in homine,
Nihil est innoxium.*

(3) Rom., VIII, 1, 4.

y la faz del mundo sería renovada por el Espíritu Santo. Esas profecías tienen su cumplimiento. ¿Qué han hecho los Apóstoles y después de ellos los hombres apostólicos? Ahora somos nosotros los dispensadores de la gracia del Espíritu Santo. El da á las aguas del bautismo la virtud de purificar á las almas; á las fórmulas sacramentales la potestad de obrar lo que ellas significan. ¿Cómo correspondemos nosotros al deseo de Nuestro Señor de que salvemos muchas almas?

MEDITACIÓN LXXI

MARTÉS DE PENTECOSTÉS.—*Las consolaciones del Espíritu Santo*

Jesucristo había declarado frecuentemente á sus Apóstoles que la vida presente estaría para ellos llena de angustias y de tribulaciones; que en compensación del bien que ellos hiciesen no debían esperar de parte del mundo más que ultrajes y persecuciones crueles. Les había anunciado una grande y próxima aflicción, diciéndoles que El iba á separarse de ellos para volver á su Padre. Su corazón estaba lleno de tristeza. *Tristitia implevit cor vestrum*; para consolarlos les promete el Espíritu Santo. Con El no serán nunca huérfanos (1) y su consolación será tan abundante que no les parecerá haberla comprado demasiado cara sacrificando la presencia visible de su Maestro (2). El oficio particular del Espíritu Santo es pues el de consolador.

I. Cómo nos consuela.

II. Para quiénes son esas consolaciones.

(1) *Non relinquam vos orphanos.* (Joan, XIV, 18.)

(2) *Expediit vobis ut ego vadam; si enim non abiero, Para elitus non veniet ad vos.* (Joan., XVI, 7.)

PUNTO I

Cómo el Espíritu Santo nos consuela por los testimonios que nos rinde; por la confianza que nos inspira, por los mismos reproches que nos hace.

1.º Sin hablar del testimonio de una buena conciencia que la Escritura compara á un festín continuado (1) y que es fruto del Espíritu Santo, Este nos da otros dos testimonios consoladores. Por el primero nos ilustra sobre Jesucristo; por el segundo nos enseña lo que somos nosotros mismos en Jesucristo. El Salvador había dicho á los Apóstoles: «El Paráclito que Yo os enviaré de parte de mi Padre es el Espíritu de Verdad; El os enseñará á conocerme: *Cum venerit Paraclitus, quem ego mittam vobis a Patre, spiritum veritatis...., ille testimonium perhibebit de me* (2). En efecto, la venida del Espíritu Santo fué para ellos como una nueva revelación sobre Jesucristo y sus misterios. Si antes lo habían conocido según la carne, lo conocieron entonces de una manera incomparablemente más perfecta: *Si cognovimus secundum carnem Christum, sed nunc jam non novimus* (3). Lo mismo sucede con relación á nosotros. ¡Oh cuán lejos de la fe común está la fe del que ha recibido las grandes ilustraciones del Espíritu Santo! Cuando un alma, mediante esos dones penetra en la ciencia sobreeminente de la caridad de Jesucristo; cuando ella mide, por decirlo así, la longitud y la latitud, la sublimidad y la profundidad de su amor por nosotros, encuentra un fondo inagotable de consolaciones, porque comprende que hay allí para ella recursos infinitos, en cualquiera situación en que se encuentre, ó pueda encontrarse. El segundo testimonio que nos rinde el Espíritu Santo no es menos á propósito pa-

(1) *Secura mens quasi iuge convivium* (Prov., XV, 15.)

(2) Joan., XV, 26.

(3) II, Cor., V, 16.

ra dilatar nuestros corazones; nosotros somos los hijos de Dios, y por consiguiente sus herederos; los hermanos y los coherederos de Jesucristo: *Ipse Spiritus testimonium reddit spiritui nostro, quod sumus filii Dei; si autem filii, et hæredes; hæredes quidem Dei, cohæredes autem Christi* (1). Nosotros hemos recibido el espíritu de adopción; por este espíritu osamos decir á Dios, al dirigirle nuestros gemidos y nuestros gritos, mejor dicho, es El mismo que lo dice en nosotros: Padre, Padre (2). Es verdad, que podemos perder la herencia de nuestro Padre celestial, y ese pensamiento ha hecho temblar á los santos; pero, podemos también asegurarnos esa herencia, porque nos está adquirida y ya poseemos la prenda de ella que es el mismo Espíritu Santo: *Signati estis Spiritu promissionis sancto, qui est pignus hæreditatis nostræ* (3). De este modo, el alma que pone atención en conservar una prenda tan preciosa, modera sus inquietudes mediante el cuidado que pone en conservar la caridad que el Espíritu Santo ha difundido en ella; y perfeccionando esta caridad hasta llega á perder todo temor: *Perfecta charitas foras mittit timorem* (4). Ella descansa en paz en el seno de su Padre.

2.º Su confianza forma su felicidad. El Espíritu Santo que, para apartarla de ella misma, le muestra la corrupción de su naturaleza é inclinación á pecar, le descubre al mismo tiempo el poder de Dios, su fidelidad á sus promesas, su bondad, su ternura para con los que le invocan y le aman; le enseña que la fe viva da una *sustancia*, una realidad á lo que no es todavía más que una esperanza: *Fides sperandarum substantia rerum*. Es un goce anticipado; el corazón gusta deliciosamente de las verdades cuyo conoci-

(1) Rom., VIII, 16, 17.

(2) *Accepistis spiritum adoptionis filiorum, in quo clamamus: Abba (Pater)*. (Rom., VIII, 15).—*Quoniam estis filii, misit Deus spiritum Filii sui in corda vestra, clamantem: Abba (Pater)*. (Gal., IV, 6.)

(3) Eph., I, 13, 14.

(4) I Joan., IV, 18.

miento procura al alma una satisfacción tan verdadera.

3.º El Espíritu Santo nos consuela también por los reproches que nos hace. Tiene la misión, al formar y santificar la Iglesia, de convencer al mundo, enemigo de Jesucristo, *de peccato, et de justitia, et de judicio* (1). El no cesa de combatir en los fieles y principalmente en los Sacerdotes hasta los últimos restos de ese espíritu del mundo en el cual todo es pecado, injusticia y mentira. Ahora bien; para quedar enteramente libre de ese espíritu malo, es necesario haber alcanzado la perfección. Por eso, el Espíritu de Dios se queja con nosotros de nuestras infidelidades voluntarias, que ofenden su infinita santidad: *Arguet mundum de peccato*. El se queja de nuestras pretendidas buenas obras en las cuales se deslizan tantos defectos y quizás tantos motivos de condenación; *De justitia*. ¡Qué son delante de El nuestras justicias! *Quasi pannus menstruatae universae justitiae nostrae* (2). Se queja de nuestros falsos juicios: *de judicio*; en lugar de pensar como El sobre multitud de cosas, pensamos como el mundo; en lugar de adherirse á la verdad nuestro espíritu se hincha de vanidad. Todo esto impide al Espíritu Santo el establecer en nosotros su reino y elevarnos á la perfección y á la felicidad para la cual nos destina. Sus quejas y sus reproches ¿no son la prueba de su amor por nosotros? ¿Preferiríamos que guardase silencio? Ese es el terrible castigo que descarga sobre aquellos de quienes comienza á retirarse. ¡Oh Espíritu divino, no me castigéis de esa manera! *Domine, ne sileas; Domine, ne discedas a me* (3). Yo reconozco y bendigo vuestra ternura en esos aparentes rigores: *Virga tua et baculus tuus, ipsa me consolata sunt* (4).

(1) Joan., XVI, 8.

(2) Is., LXIV, 6.

(3) Ps., XXXIV, 22.

(4) Ps., XXII, 4.

PUNTO II

Para quiénes son las consolaciones del Espíritu Santo

No consuela más que á los afligidos: *Beati qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur*.— *Qui non gemit ut peregrinus, non gaudebit ut civis* (1). Un alma que se encuentra bien en su destierro, que busca allí todas sus alegrías, que se ocupa constantemente en apartar lo que le incomoda, nada debe esperar de la sabiduría de lo alto: *Non invenitur in terra suaviter viventium* (2). Las consolaciones del Espíritu Santo son la recompensa ordinaria de la generosidad del que se inmola por la gloria y el servicio de Dios. Los Apóstoles fueron azotados por haber predicado á Jesucristo, y su corazón se inundó de delicias y no podían contener su alegría: *Ibant gaudentes a conspectu concilii, quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati*. Los primeros cristianos, al abrazar la fe se consagraban á todos los sufrimientos y á la muerte; y San Lucas no habla más que de las consolaciones de que estaban llenos: *Ecclesia..... consolatione sancti Spiritus replebatur* (3).

Entre las visitas del Espíritu Santo pueden distinguirse tres principales. Visitas de compasión para curarnos. El combate en ellas la ceguedad de nuestro espíritu y la dureza de nuestro corazón. Visitas de prueba para purificarnos: *Purgabit filios Levi, et colabit eos quasi aurum et quasi argentum* (4). El quiere habitar en nuestras almas; pero si las ve dominadas por la naturaleza, sensuales, llenas de sí mismas, entonces nos deja sentir el peso de nuestras miserias para obligarnos á recurrir á El. Visitas de amistad y de ternura: estas nos unen más estrechamente con Dios, nos dan la fuerza necesaria para sufrir no solamente con paciencia sino con alegría.

(1) S. Aug.

(2) Job, XXVIII, 13.

(3) Act., IX, 31.

(4) Mal., III, 3.

Las dos primeras de esas visitas nos preparan para la tercera.

Mientras más delicadeza y docilidad haya en nosotros para con el Espíritu Santo, más dispuestos estamos á recibir la abundancia de sus consolaciones. Es verdad que nosotros tenemos siempre los dones del Espíritu Santo; pero los tenemos inutilizados en alguna manera, por causa de nuestras disipaciones, de nuestras aficiones desordenadas y nuestras infidelidades tan numerosas. Nosotros resistimos al Espíritu Santo, le contristamos; El mismo se queja de ello: ¿cómo queremos, pues, que nos consuele?

Apliquémonos á purificar el corazón mediante la vigilancia y la mortificación, el fervor de la caridad crecerá en nosotros, y bien pronto gustaremos cuán dulce es el Señor: podremos entonces hablar por experiencia de las consolaciones del Espíritu Santo.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Cómo el Espíritu Santo nos consuela.*— Por los testimonios que nos da, por la confianza que nos inspira por los mismos reproches que nos hace. El nos da dos testimonios llenos de consolación, ilustrándonos sobre Jesucristo y sobre lo que somos nosotros mismos en Jesucristo. La venida del Espíritu Santo fué para los Apóstoles como una nueva revelación de Jesucristo; lo mismo es para nosotros cuando se digna visitarnos. Además, El revela al alma cristiana lo que ella es en Jesucristo. La confianza que nos da descubriéndonos el poder, la fidelidad y la bondad de Dios, causa una gran paz en nuestras almas. Las quejas y los reproches que nos hace oír son otra prueba consoladora de su amor para nosotros.

PUNTO SEGUNDO.—*Para quiénes son las consolaciones del Espíritu Santo.*—No consuela sino á los afligidos. ¡Bienaventurados los que lloran! Los primeros cristianos al abrazar la fe se consagraban á todos los sufrimientos y estaban siempre llenos de alegría. No resistamos nunca al Espíritu Santo, purifiquemos nuestros corazones, sepamos vencernos y bien pronto gustaremos cuán dulce es el Señor.

ORACIONES

que se acostumbran rezar después de la meditación

I

O JESU. vivens in MARTA, veni, et vive in famulis tuis, in spiritu sanctitatis tuæ, in plenitudine virtutis tuæ, in perfectione viarum tuarum, in veritate virtutum tuarum, in communione mysteriorum tuorum: dominare omni adversæ potestati in Spiritu tuo, ad gloriam Patris. Amen.

II

Anima Christi, sanctifica me.
Corpus Christi, salva me.
Sanguis Christi, inebria me.
Aqua lateris Christi, lava me.
Passio Christi, conforta me.
O bone Jesu! exaudi me.
Intra tua vulnera absconde me.
Ne permittas me separari a te.
Ab hoste maligno defende me.
In hora mortis meæ, voca me.
Et jube venire ad te,
Ut cum sanctis tuis laudem te,
In sæcula sæculorum. Amen.

III

Suscipe, Domine, universam meam libertatem. Accipe memoriam, intellectum, atque voluntatem omnem. Quidquid habeo, vel possideo, mihi largitus es: tibi totum id restituo, ac tuæ prorsus voluntati subjicio. Amorem tui solum cum gratia tua mihi dones, et dives sum satis, nec aliud quidquam ultra posco.